

VIDA DE SAN FRANCISCO DE SALES.

LIBRO SÉPTIMO.

No sería completa la historia de la Visitacion, ni la de San Francisco de Sales, sino se hablase de su hija espiritual, la señora de Chantal, su digna cooperadora en la fundacion de este santo Orden. Seria tambien en cierto modo ir contra la orden de Dios, el separar despues de la muerte á dos personas, á las que el Señor habia unido tan santamente durante su vida. Por otra parte, sus acciones, miras y designios estan mezclados de tal suerte, que no es posible desunirlos. Ninguno de los historiadores del santo Prelado lo ha hecho hasta aqui; se ha creido que debia imitárseles, y empezar la historia del Orden de la Visitacion por la de su fundadora, lo mismo que por la de su fundador.

La señora de Chantal se llamaba Juana Francisca Fremiot. Era hija de Benigno Fremiot presidente del Parlamento de Borgoña, y de Margarita de Berbis, ambos de las familias mas antiguas de su provincia. Tres hijos fueron el fruto de este matrimonio, Margarita Fremiot, casada despues con el Baron de Effran, de la casa de Neuchese, Andres Fremiot Arzobispo de Bourges, y Juana Francisca, cuya vida se escribe, casada despues con el Baron de Chantal.

Nació en la ciudad de Dijon á 23 de enero del año de 1572, dia de San Juan el limosnero; miróse esto como un presagio de aquel tierno amor que tuvo á los pobres toda su vida, y del que siempre ha dado tan edificantes pruebas.

Como perdió su madre desde muy niña, su padre, que

estaba muy ocupado con su cargo, la casó en cuanto pudo con el Baron de Chantal. Era éste el primogénito de la casa de Rabutin; tenia mérito y valor, y estas dos cualidades le adquirieron la estimacion, la amistad y beneficios de Enrique el grande. La señora de Chantal vivió en el matrimonio, del mismo modo que habia vivido siendo soltera, es decir, que fué el modelo de las señoras casadas por su prudencia, por su conducta, y por su condescendencia con su esposo, asi como lo habia sido de las solteras de su edad, por su modestia, piedad y dulzura.

Lo primero que trató de arreglar en su casa, fué la oracion, obligando á sus criados á oír misa todos los dias. Quería que supiesen, que Dios es el principal amo, y el mas digno de ser servido, y que á nadie debian servir, fuese quien fuese, despues de él, sino porque así lo pedia el orden de su Providencia, y por ser él mismo, el que habia establecido esta subordinacion tan necesaria entre los hombres. Hacíales instruir con cuidado, ocupábales con discrecion, y los consolaba bondadosa en sus enfermedades y apuros. Despojábase entonces de la autoridad de ama para revestirse de la ternura de madre, tan persuadida de que servia á Jesucristo, sirviéndolos, como que él mismo ha dicho: *lo que hareis por uno de esos pequeños, lo hareis por mí mismo.*

Queriendo poner orden en la casa de su marido, que lo necesitaba en gran manera, empezó por arreglarse ella misma; devociones, diversiones y ocupaciones, todo se arregló, aun hasta sus mismos vestidos; los gastaba tan honestos, cuanto se lo permitia la condescendencia que tenia con su marido, y se decia de ella que en nada parecia joven sino en la cara. Sus ocupaciones ordinarias eran leer libros buenos, y trabajar para las Iglesias, y para los pobres. Siempre atenta á prevenir sus necesidades ú á remediarlas, acostumbraba decir, que pedia á Dios con mas confianza lo que necesitaba,

cuando habia asistido por su amor á los que él habia tenido á bien llamar miembros suyos.

Apreciaba sobre todas las cosas la oracion pública; tenia una fé extraordinaria en su eficacia; esto es lo que la hacia que asistiese con frecuencia á los officios de la parroquia; jamas faltaba á ellos, y tenia cuidado de llevar á su marido y á todos sus criados.

Durante las ausencias de su marido que se veia obligado á pasar una parte del año en la guerra y en la Corte, no salia de su casa; diversiones inocentes, juego, buen trato, todo cesaba, y hasta las visitas que no eran de obligacion, ó de indispensable cumplido. Cuando estaba de regreso, la condescendencia que tenia con él, la obligaba á variar de conducta; aflojaba tambien algun tanto en sus ejercicios de devocion. En fin llegó á formar escrúpulo de esto, y creyó que podia combinar lo que debia á Dios, con lo que debia á su esposo; y desde este tiempo, ya no se dispensó en sus piadosos ejercicios.

El Baron, que por su parte era un caballero lleno de honor y de virtud, nada halló que decir en esto. La apreciaba y amaba á un mismo tiempo, y confesaba él mismo, que el tiempo no habia servido sino de aumentar su ternura hacia ella. Un hijo y tres hijas que le habia dado, estrechaban los lazos de su union. Todo parece que contribuia á hacerlos dichosos; pero no hay en este mundo felicidad que sea estable y verdadera, todo está mezclado; y la sola fragilidad de los objetos á que nos unimos debetia bastar para desengañarnos. La señora de Chantal era llamada á una santidad demasiado eminente, para que no fuese probada, y Dios celoso de su corazon no podia sufrir que lo dividiese con otro.

Un pariente del Baron de Chantal, vecino é íntimo amigo suyo, fué á verle y le comprometió á ir con él á la caza. Chantal gustaba tan poco de esta diversion,

como tenia pasion por ella su pariente; no dejó de tener esta condescendencia con él. Habíase puesto aquel día el Baron un vestido de color de cierva. Su pariente se equivocó, y viéndole entre unas malezas, le tuvo por una bestia salvaje, le tiró y le rompió un muslo. Chantal cayendo de repente, exclamó, que lo habian muerto. Su pariente acudió á este grito, y Chantal viéndole desesperado le dijo: *primo mio, mi querido amigo, tu has dado este golpe sin quererlo hacer, te has engañado, y yo te perdono con todo mi corazon.* En seguida envió cuatro personas de las de su comitiva á cuatro parroquias distintas para no carecer de un confesor. Al mismo tiempo envió á decir á su muger lo que habia sucedido, pero con orden de que se le ocultase, que el golpe era mortal. Entretanto se le llevó á una casa de un pueblo inmediato, á donde acudió al momento la señora Baronesa. En cuanto le vió, la dijo: *madama, las órdenes del cielo son justas, es necesario respetarlas, amarlas y morir.* La estremada afliccion de la Baronesa no le permitió responder; sus lágrimas y suspiros hablaron por ella. Habiendo comparecido un sacerdote en este momento, el primer cuidado de Chantal fué el confesarse, y lo hizo con una presencia de ánimo, y unos sentimientos tan cristianos, que se veia muy bien que no se ocupaba sino del cuidado de su salvacion. Concluida la confesion, el primero que entró en su cuarto fué aquel desgraciado pariente, que le habia herido; venia á echarse á los pies de la señora de Chantal para pedirle perdon. Tenia pintada en su cara la desesperacion, y su dolor parecia tan vivo, que no habia otro sino el de la señora de Chantal, con quien poder compararlo. Desde que Chantal lo vió, le alargó la mano, y dirigiéndose á su muger, la dijo: *madama, es preciso perdonarle, Dios os lo manda, y yo os lo ruego. Por mi le perdono de todo corazon.*

Hecha la primera cura se le llevó á su casa, en donde

su esposa, á pesar del dolor que le oprimia, le sirvió de guardia, de médico y de director. Pero el gasto, los cuidados y oraciones fueron igualmente inútiles. Dios que sabe mejor lo que nos conviene, que nosotros mismos, niega á menudo las gracias pequeñas para conceder otras mas grandes. Entróle calentura al enfermo al quinto dia, y al noveno, despues de haber recibido los Sacramentos con extraordinaria devocion, rogó á su muger y mandó á sus hijos que jamas pensasen en vengar su muerte. Dijoles ademas, que perdonaba al agresor con todo su corazon, y mandó escribir este perdon en los libros parroquiales con la orden que daba á su familia de no conservar resentimiento alguno por su muerte. Un momento despues espiró y dejó á la señora de Chantal en un dolor mas fácil de imaginar que de describir.

Asi es como Dios por medio de golpes ruidosos é imprevistos sabe desasir los corazones que quiere poseer, sin partarlos con otro. La ejecucion de los designios, que tenia sobre la señora de Chantal, no exijian menor sacrificio. ¡Dichoso el que sin conocer los designios de Dios, sin examinar lo que nos cuestan, sabe someterse á ellos, mas dichoso aun el que puede amarlos y que conservando para con él un corazon de hijo, cree que jamas comparará á demasiada costa aquella santa libertad, que nos pone en estado de no vivir sino para su divina Magestad!

Estos fueron los sentimientos de la señora de Chantal; hizo ver en semejante ocasion, que los mismos golpes que quebrantan la paja, separan de ella el grano; que el oro se petrifica en el mismo fuego en que se consume la escoria, y que las mismas aflicciones que endurecen á los malos, y les conducen á dudar de la Providencia purifican á los fieles, y no sirven sino de aumentar su amor y su fé. Lloró cuanto le fué permitido, á lo que creia que estaba en obligacion de amar;

aflijiose al ver rotos tan de pronto unos nudos que el mismo Dios habia formado. Pero volviendo al mismo tiempo la vista hácia aquel Ser independiente, que todo lo ha hecho para sí mismo, á aquella Omnipotencia, á quien todo debe ceder sin murmuracion, y hácia aquella bondad infinita, que no permite el mal, sino para sacar de él un bien mayor, decia con Job: Dios me lo habia dado, Dios me lo ha quitado; ¿si recibimos de él los bienes que se ha dignado concedernos, por qué no se han de recibir de la misma mano siempre igualmente bienhechora, las aflicciones, que tenga por conveniente enviarnos?

Esta sumision á las órdenes de Dios la hizo conocer pronto con toda claridad los designios, que tenia sobre ella; comprendió que no debia haberse unido tan fuertemente á lo que podia perder con tanta facilidad, y que estando solo Dios exento de la caducidad que acompaña á los objetos sensibles, siendo el solo bien que puede contentarnos, y que no puede sernos arrebatado á nuestro pesar, era tambien él solo á quien debia unirse. Esperimentó en seguida, que el Señor sabe consolar muy bien por sí mismo á los que ha afligido, y confesó despues, que no podia entender, como era que estaba tan contenta en medio de tantas aflicciones.

En este estado de dolor y de alegría, creyó que debia seguir el consejo del Apostol; viéndose libre del matrimonio, resolvió no volverse á comprometer en semejante estado. Dios tuvo mucha mas parte en esta resolucion, que la veneracion que ella tenia á la memoria de su marido, y que el amor que profesaba á sus hijos. Porque para no verse obligada á variarla, hizo voto de no volver á contraer matrimonio, y se entregó á Dios irrevocablemente, con intencion de no vivir sino para él. Desde entonces no se vió casi en ella cosa alguna que fuese terrena; dió una gran prueba de esto, cuando para hacer ver mejor, cuan sinceramente perdonaba la muer-

te de su marido, quiso sacar de pila á cada uno de los hijos de el que lo habia muerto.

Al poco tiempo repartió sus vestidos entre los pobres, é hizo voto de no llevarlos en adelante sino de lana. Despidió parte de sus criados, despues de haberlos recompensado bien sus servicios, y no se quedó mas que con los que eran absolutamente indispensables para ella y sus cuatro hijos. En seguida se dedicó enteramente á educarlos bien, y dividió las ocupaciones del día en su educacion, en la oracion, y en el trabajo de manos.

Tenia grandes deseos de encontrar un director que fuese segun el corazon de Dios, y que pudiese dirigirle por sus caminos; y sabiendo cuan difícil era el encontrarle, y cuan peligroso á un alma tan dócil como la suya, el engañarse, se lo pedia á Dios con ardor, ayudaba y daba limosnas para conseguirlo. Una señora amiga suya y que veia la pena que esto le causaba, le aconsejó que tomase el suyo y le habló muy bien de él. La santa viuda consintió, aunque con una repugnancia secreta que jamas pudo vencer: consistía esto en que no era aquel director el que Dios le habia destinado, y no necesitaba menos que del santo Obispo de Ginebra para llegar á aquel alto grado de perfeccion, á que llegó despues bajo su direccion. Obedeció sin embargo al que tenia con mucha sumision, aunque siempre con la misma repugnancia; pero su profunda humildad le persuadia, de que nada podia hacer peor que dirigirse ella misma. En fin, habiendo obtenido el Parlamento de Borgoña del santo Obispo de Ginebra en el año de 1604, que fuese á Dijon á predicar la cuaresma; la santa viuda fué allí para oirle. Desde que le vió en el púlpito, conoció por un movimiento interior que aquel era el sugeto que Dios le habia destinado para que fuese su director. El santo Obispo por su parte reparó en ella, y se acordó de la vision que se ha dicho

que tuvo, en el castillo de Sales; creyó reconocerla por la que Dios le habia señalado, como el instrumento de que debia servirse para ayudarle á fundar un nuevo Orden. Al bajar del púlpito, se encontró con su amigo íntimo el Arzobispo de Bourges, y curioso de saber el nombre de aquella señora se lo preguntó. Hizole éste saber que era su hermana, viuda del Baron de Chantal. En lo sucesivo, como iba muy á menudo á comer á casa del presidente Fremiot, padre de la santa, tuvo ocasion de hablarle, y le admiró con la santidad de sus discursos, como ya lo habia hecho con la de sus sermones. De este modo se conocieron, y asi se formó entre ambos aquella santa union que dió margen despues á la fundacion del Orden de la Visitacion. La señora de Chantal tenia grandes deseos de descubrirle su interior; pero le contenia para hacerlo el voto nunca debidamente vituperado, que su director le habia hecho hacer de no hablar sino con él de asuntos de conciencia. Un dia, que el santo Obispo creyó verla un poco mas adornada que lo que tenia de costumbre, le preguntó, si no iria tan bien puesta, no llevando guarnicion en la gorra y flecos en el pañuelo. La santa viuda cortó por sí misma los flecos sobre la marcha, y mandó descoser la guarnicion. El santo Prelado, que sabia mejor que otro alguno que nada es pequeño delante de Dios, de todo cuanto se hace para agradarle, admiró su docilidad, y juzgó desde entonces, que estando bien dirigida, haria grandes progresos en la virtud.

Por este tiempo se vió su director en la precision de hacer un viaje: permitió Dios, que durante su ausencia, fuese ejercitada con tan violentas tentaciones, que temiendo perder el juicio, se dirigió al santo Obispo, le abrió su corazon, y salió tan consolada de su presencia, que le parecia (segun decia ella misma) que no era un hombre, sino un angel el que le habia hablado.

La facilidad con que el santo Prelado habia disipado

aquella gran turbacion, de que estaba poseida, y vuelto la tranquilidad á su alma, aumentó la estimacion y confianza que en él tenia. Hallábale hombre de grandes luces, de prudente y caritativo, (cualidades enteramente esenciales á un director), y que no las encontraba en otras partes. Veia éste mas claro, que ella misma en su alma prevenia sus dificultades, y sus respuestas eran tan adecuadas á sus necesidades, que no dudó de que Dios le habia destinado á ser dirigida por aquel santo Prelado. En este concepto le suplicó, que la confesase; negóse á ello para probarla, y despues se lo concedió. Una paz profunda, que no habia experimentado aun, sucedió á su confesion; pero al mismo tiempo se aumentó el deseo que tenia de estar bajo su direccion. El santo la dió esperanzas, de que podria llegar tal vez un dia en que se le lograrse su deseo, y le dijo que era necesario pedir á Dios que les diese á conocer á entrambos su voluntad, y esperar con tranquilidad este dia. Este gran santo era enemigo de las precipitaciones, éranle sospechas. Este era casi el solo defecto, que hallaba desde entonces en la señora de Chantal: tenia una viveza para obrar el bien que no la dejaba sosegar; siempre inquieta, siempre descontenta de sí misma, no haciendo jamas las cosas bastante á su gusto, y siempre dispuesta á emprender otras nuevas por la gloria de Dios, y para su propia santificacion.

El santo Prelado no aprobaba sus inquietudes; sabia que el espíritu de Dios no se complace en la agitación, y que ama la paz y tranquilidad del corazon; en una palabra, miraba la gran precipitacion de la señora de Chantal en obrar el bien, como una gran disposicion para llegar á la santidad mas eminente, pero como una disposicion que era necesario destruir, para que llegase á la santidad que preveia.

Algunos dias despues, al despedirse el santo Obispo de la señora de Chantal para volverse á su Diócesis, la

dijo, que le parecia que Dios aprobaba el que se encargase de su direccion, que cada dia se convencia de esto mas y mas, pero que no debia precipitarse la cosa, y que no queria que hubiese algo que fuese humano en este negocio. Al poco tiempo se le aseguró lo mismo por un gran siervo de Dios, á quien habia confiado lo que habia sucedido entre el santo y ella. Entretanto, las penas que sufría bajo la direccion de su primer director aumentaban de dia en dia; le parecia que le dirigia en verdad por caminos enteramente santos; pero que no eran por los que le convenia marchar; que Dios pedia de ella alguna otra cosa que aun no conocia, y su precipitacion en obrar el bien la causaba unas inquietudes que no estaba en su mano moderar.

Por este tiempo á corta diferencia, queriendo el santo Obispo, y la Condesa su madre cumplir un voto que habian hecho á San Claudio, se lo avisó el primero á la señora de Chantal á quien habia oido que habia hecho otro semejante, y le dijo el dia en que debian llegar allí. La señora de Chantal se trasladó al punto. Instruyó á fondo al santo Obispo, de todo lo que pasaba en su interior, é hizo con él una confesion general. Quitóla el santo los escrúpulos que tenia sobre los votos, que le habia mandado hacer su director; y para calmar sus inquietudes le compuso y entregó un método para su regla de vida, por el cual le aconsejó que se rigiese hasta tanto, que él juzgase conveniente el variarlo. Se ha creido que se daría gusto al lector refiriéndolo.

Conforme á este método, se levantaba á las cinco de la mañana, se vestia sola, y sin luz en toda estacion, y hacia una hora de oracion mental; ejercicio que recomienda el santo Prelado sobre todos los demas. En seguida hacia levantar á sus hijos, y les hacia hacer la oracion de la mañana en union con sus criados, llevándolos despues á misa. Despues de comer, leia la sagrada Escritura por espacio de media hora, explicaba la

doctrina, ó hacia pequeñas instrucciones á sus hijos y criados, y á todos los demas del pueblo, que querian asistir á este acto piadoso. Antes de cenar tenia un cuarto de hora de retiro espiritual, y rezaba el rosario. Por la noche se retiraba á las nueve, hacia la oracion y el examen de conciencia con sus hijos y criados, les daba á todos agua bendita, y se quedaba rezando sola otra media hora. En fin, concluia el dia con la lectura de la meditacion para el siguiente. El resto del tiempo, de que no se ha hablado, lo empleaba en trabajar en sus negocios, ó en visitar enfermos, si los habia.

Siguiendo el mismo método, se habia formado un santo hábito de la presencia de Dios, pero tan grande, que le veia en todas las cosas, y todas servian para llamarle á él, siendo al mismo tiempo tan dulce y tranquilo, que no se echaba de ver, ni le impedia obrar, hablar, y estar en todas las cosas que hacia.

Lo que era admirable en una vida tan santa y tan digna de imitacion, es que ni estaba triste, ni oprimida. La dulzura y libertad de espíritu reinaban en todas las acciones de la señora de Chantal; era buena, condescendiente, de fácil acceso á todo el mundo, interrumpia tambien sin escrúpulos sus ejercicios, ó los dejaba para otra ocasion, cuando la caridad ó las necesidades del prójimo lo exigian. Sus mismos criados, (gente que no reflexionaba por lo comun en estas cosas), viéndola siempre recogida, volviéndose á Dios en medio de los mayores embarazos de los negocios y cuidado de la casa, decian entre sí: *la señora reza á todas las horas del dia, no pierde á Dios de vista, y esto á nadie incomoda.* Dábanse grandes alabanzas sobre esto á la direccion del santo Prelado, y los mayores enemigos de la devocion convenian en que esta no tan solamente no es perjudicial á cosa alguna, sino que todas las compone, cuando se toma como debe tomarse.

Despues que la señora de Chantal hubo arreglado de

este modo su interior, pensó siguiendo el mismo método, en reformar lo que creyó que tenia y era aun algo mundano sobre su persona; cortó sus cabellos que eran muchos y muy hermosos, y ya no llevó otro adorno en la cabeza que una toca ceñida y espesa. Tuvo gran cuidado en mortificar su paladar, no comiendo sino manjares comunes y sin condimento, cuando estaba sola; pues si la compañía le obligaba á mandar servir á su mesa alguna cosa extraordinaria y bien compuesta, la dejaba en el plato sin afectacion, y la mandaba dar á algun pobre enfermo. Ayunaba todos los viernes y sábados, llevaba cilicio los demas dias, y tomaba disciplinas á menudo. Ya se ha visto, que naturalmente era viva, precipitada é inquieta. Perdió todos estos defectos bajo la direccion del santo Prelado. Este iba siempre á arreglar el corazon; empezaba por aqui, seguro de que el resto no dejaria de seguir. Asi es, que al principio nada habia mas dulce que su direccion: exijia pocas prácticas exteriores de devocion; pero cuando se habia llegado una vez á gustar de ella, cuando veia un corazon desprendido del amor de los objetos sensibles, y del suyo propio, lo conducia por medio de un régimen muy prudente á la mas alta perfeccion. Asi obró con respecto á la señora de Chantal. Este gran Prelado formado sobre el modelo de San Pablo, que (para usar de sus mismas espresiones), daba leche á los débiles, y un alimento mas sólido á los perfectos, no permitió al principio á la santa viuda todo lo que le sugeria su celo; no la agobió; tuvo en consideracion sus fuerzas; y le acostumbró poco á poco á la práctica de las grandes virtudes. Verdad es, que esta señora anduvo mucho camino en poco tiempo. Pero no es dado á todo el mundo hacer lo mismo, y es preciso seguir la medida de la gracia que es dada de lo alto.

En conformidad al mismo método de la señora de Chantal, los domingos y dias de fiesta, no queria ocu-

parse, ni aun oír hablar, en cuanto era posible, de negocios corporales: estos eran días consagrados enteramente á Dios, y á la caridad con el prójimo. Acabado el oficio divino, iba á visitar los enfermos, los consolaba y les hacia la cama, arreglaba sus casas, y no los dejaba carecer de alimento, medicinas y socorros espirituales.

Tenia siempre en su casa algunos pobres cubiertos de úlceras; limpiaba á menudo de rodillas sus llagas, y siempre con respeto, haciéndole ver la fé, de que estaba animada, á Jesucristo, en la persona de cada uno de ellos; los velaba cuando se acercaba su fin, asistíalos hasta la muerte, y los amortajaba con un valor, que afurdia á todos los que no estaban animados como ella de una perfecta caridad.

Este era el modo con que vivia la señora de Chantal en medio del mundo, á la edad de treinta y dos años. Por la práctica de tantas virtudes era por donde Dios le disponia á llegar á ser un dia la madre de tantas santas hijas, que aun la miran en el dia como su fundadora y su modelo. Pero parece tambien, que Dios tenia la mira de confundir de antemano por medio de una vida tan santa, formada sobre los consejos y ejemplos del santo Obispo de Ginebra, á los que un dia debian acusar su doctrina y conducta, de relajacion, y de una condescendencia poco conforme con la severidad de la Iglesia.

Hallándose la santa en el año de 1606, en Bourbilly, una de sus tierras, hubo un número tan grande de enfermos, que su caridad, tan activa como era, tuvo trabajos en atender á todo. Asistió á todos con sus bienes, cuidados, oraciones é instrucciones. Amortajaba muchas veces hasta cuatro personas por dia, sin que el extremo peligro á que se esponia, fuese capaz de entibiar su caridad.

Pero no pudiendo al fin resistir á tantas fatigas como

sufrió por espacio de dos meses, cayó enferma de una disenteria, que le puso á las puertas de la muerte. En esta enfermedad dió grandes ejemplos de dulzura, y de una invencible paciencia, no quejándose jamas sino del trabajo que daba, y del peligro á que se esponian, sirviéndola. Aunque estaba aun en la flor de su edad no echaba menos la vida; pareció un poco afligida por sus hijos que dejaba de corta edad, y que necesitaban aun de los cuidados de una madre tan virtuosa, instruida y apasionada. Pero su sumision á las órdenes de Dios no le permitió manifestar la menor inquietud, creyó que el Señor les serviria de todo; y con esta sumision á su Providencia esperaba la muerte con la tranquilidad que acostumbra inspirar un corazon puro, y lleno de confianza en las bondades del Señor.

Su hora no habia llegado todavia, y Dios le reservaba para la grande obra de la fundacion del Orden de la Visitacion, que debia empezar con el santo Obispo de Ginebra, y sostener sin él, despues de su muerte. Curó contra lo que todos creian; volvió á continuar sus ejercicios en cuanto se lo permitió su salud, y prosiguió sirviendo á los enfermos con tanto celo, como si su caridad no le hubiese hecho estar á pique de perder la vida. ¿Pero por qué no haria hacer el amor de Dios, lo que el de la gloria hace emprender todos los dias á tantos valientes, que no dejan de esponerse á los mayores peligros, aunque muchas veces se hayan visto cercanos á perecer en ellos?

Algun tiempo despues recibió una carta del santo Prelado, en la que decia, que creia necesario que hiciese un viaje á Annecy. Para comprender el motivo, es preciso suponer, que cuando habia hecho el viaje á San Claudio, de que ya se ha hablado, habia contraído una íntima amistad con la Condesa de Sales, madre del santo Prelado, que le habia hecho prometer que iria á verla á Sales. Habia cumplido su promesa el año siguiente, y

en una de las contestaciones que habia tenido con el santo Obispo, le habia dicho éste, que meditaba un gran designio, para el cual se serviria Dios de ella. Preguntóle lo que era; pero el santo Obispo le respondió, que queria meditar despacio su ejecucion, y que no podria decirselo hasta dentro de un año; que le rogaba entretanto, que uniese á las suyas sus oraciones, y que encargase bien á Dios aquel negocio. Para comunicarselo era para lo que le suplicaba, que se fuese á Annecy.

En cuanto hubo llegado, le dijo el santo, que habia examinado maduramente delante de Dios la proposicion, que tantas veces le habia hecho de abandonar el mundo para abrazar el estado religioso, y que siempre habia hallado en esto grandes dificultades; pero que al fin ya era tiempo de volverla respuesta. Sobre esto, para probar su sumision, le propuso que se hiciese religiosa de Santa Clara, despues hermana del hospital de Beaune, y al fin Carmelita. La santa viuda consintió en cada una de estas proposiciones con tanta docilidad, como sino hubiese tenido voluntad propia, y como sino se hubiese tratado de un empeño, que debia durar tanto como su vida.

Entonces el santo Obispo, prendado de su sumision, le comunicó los proyectos que habia formado para el establecimiento del Orden de la Visitacion, que luego fundaron ambos. Despues ha confesado, que se halló colmada de alegría con aquella declaracion, y que sintió un llamamiento de Dios tan poderoso para aquella santa empresa, que no dudó que fuese esta su voluntad, y que le daria su bendicion.

Sin embargo, como tenia un talento excelente, gran discernimiento, y mucha habilidad para los negocios, previó grandes dificultades: habíalas en efecto. Porque sin contar, que todo nuevo establecimiento está espuesto de ordinario á grandes contradicciones, y que lo que no han autorizado el uso y la costumbre, casi siempre es

sospechoso, ¿cuántos obstáculos no era fácil preveer por parte de la misma señora de Chantal? Un hijo único, joven y de grandes esperanzas, que necesitaba de sus cuidados; tres hijas de corta edad, á las que no era menos necesaria; negocios embarazosos de los que ella sola tenia conocimiento; su padre natural y el político, ambos de edad muy avanzada, y á los que, aunque no fuese sino por el bien parecer, no podia abandonar: ¿cómo dejar todo esto para ir á establecerse fuera del Reino? Por otra parte, ¿en qué fundan este establecimiento? ¿Qué medios, qué recursos habia para ello? Un Obispo pobre, que apenas tenia con que mantenerse, y que amaba tiernamente á los pobres, obligado por su caracter á dar grandes limosnas. Una viuda joven, rica en verdad, pero con cuyos bienes se habia resuelto no contar. La prudencia humana no podia entrar en semejante designio. Por esto el santo Obispo, que todo lo habia previsto, no pudo menos de decir: *yo veo un caos en todo esto; pero la Providencia, delante de la cual la prudencia de los hombres no es sino locura, sabrá desenredarlo muy bien, cuando sea tiempo oportuno de hacerlo.*

En efecto, puede considerarse el esplendor en que está el Orden de la Visitacion en el día, dentro y fuera del Reino; tantas casas tan magníficas y bien fundadas; aquellas Iglesias tan adornadas, y bien provistas de todo lo que puede inspirar una idea grande de la Magestad divina, á quien se sirve en ellas con tanta dignidad; aquel gran número de hijas, aquella caridad y sencillez cristiana, aquel desprendimiento que reina entre ellas, aquella exacta disciplina, aquel retiro, y finalmente aquel espíritu interior y primitivo, á los cuales se dedican tan santamente; en una palabra, aquellos grandes ejemplos de virtud, de que está edificada toda la Iglesia, pueden considerarse todas estas cosas, sin que se eche de ver la mano de Dios que ha formado,

y que apoya y sostiene este santo Orden? Si á todo esto se añaden las contradicciones, obstáculos y contratiempos que fué preciso sufrir en los principios, se convenirá, en que se necesitó mucha prudencia, valor y celo para llevar á cabo aquel gran designio, ó por mejor decir, que alguna cosa mas que humana presidió á su nacimiento y progresos.

Durante la permanencia de la señora de Chantal en Ancey, la Condesa de Sales, prendada de su mérito, trató de unirse á ella con vínculos mas estrechos, y en este concepto, le hizo proponer por el santo Prelado el casamiento de su hija mayor con su hermano el Baron de Torens. La santa viuda se vió muy embarazada con esta proposicion; por una parte deseaba mucho este enlace, y creía que le hacia mucho honor; pero preveía por la otra grandes obstáculos por parte de los abuelos de su hija, y estaba casi enteramente convencida, de que jamas consentirian en que se le casase fuera del Reino: recibió no obstante la proposicion con grandes muestras de alegría y de reconocimiento, prometió todo cuanto dependiese de ella, é hizo por su parte una peticion á la Condesa, y al santo Prelado, que fué la de llevarse consigo á Montelon á la mas joven de sus hermanas, para educarla á su lado; pero murió esta señora á su llegada, del modo que se ha contado al fin del libro quinto de esta historia.

Madama de Chantal se aprovechó de aquella ocasion para proponer á su padre el casamiento de su hija con el Baron de Torens: puso todas las dificultades que ella habia previsto. Pero la santa viuda le dijo con mucha firmeza, que despues de la pérdida que acababa de ocasionar á la casa de Sales, no creía poderse dispensar de resarcírsela, dándola una de sus hijas. Agradó al presidente esta razon, y consintió en el casamiento con tanta mas satisfaccion, quanto que este era un gran partido, y que amaba y honraba particularmente al Obis-

po de Ginebra. Los abuelos paternos de la señora de Chantal, arrastrados por el consentimiento del presidente, llevaron á bien aquel matrimonio. Su madre lo avisó asi al momento al santo Obispo, que acompañó al Baron de Torens á pedir la mano de la señorita, que no tenia aun sino once años. Concluyóse el contrato matrimonial, y se dejaron las bodas para el año siguiente.

Ajustado este casamiento, atrajo las proposiciones para otro. Fué este el de la misma señora de Chantal. Un señor de Borgoña muy rico, prudente, gallardo, é íntimo amigo del presidente Fremiot su padre, se la pidió por esposa. El presidente y todos los parientes de la santa viuda deseaban con ansia que se efectuase aquel negocio; y la santa viuda fué instada á consentir tanto mas vivamente, quanto que un doble matrimonio que se trataba de hacer entre sus hijos, traía grandes bienes á su casa. La tentacion era violenta; tenia que combatir á su propio corazon. No pudo dejar de prendarse del mérito de aquel señor, y de las grandes ventajas que aquel matrimonio debia reportar á su casa; pero Dios, á quien nada resiste, cuando quiere asegurarse de un corazon, quedó dueño de él; y las promesas, que tantas veces le habia hecho de no ser jamas sino suya, vencieron al cabo sobre toda otra consideracion. El caballero desistió de su pretension; y la santa viuda, para sellar con su sangre el voto que renovó de no escuchar jamas semejantes proposiciones, tuvo valor para imprimir ella misma sobre su corazon con un hierro encendido el nombre de Jesus: jaccion extraordinaria, mas admirable que imitable, pero que no deja de manifestar un gran valor, y una firme resolucion de no ser jamas sino de Dios! Creyó tambien, que para evitar en lo sucesivo unas persecuciones semejantes á las que acababa de sufrir, y para no esponerse ella misma á ser tentada sobre el matrimonio, debia descubrirse con el

presidente su padre sobre el proyecto que habia formado en union con el santo Obispo de Ginebra, y sobre el designio que habia concebido de abandonar enteramente el mundo. Algunos dias despues, hallándose á solas con su padre, le dijo, que desde la muerte de su marido, se habia sentido siempre instada interiormente á abandonar el mundo, y para no vivir sino únicamente para Dios: que temia hacerse delincuente resistiendo por mas tiempo á su vocacion; que su hija mayor estaba ya casada, y las otras dos en religion: que él habia tenido á bien encargarse de su hijo, y que no podia dejarlo en mejores manos, que en este concepto nada habia que le impidiese obedecer la voz de Dios que le llamaba hacia tanto tiempo, sino la falta de su consentimiento, que le suplicaba le concediese.

A esta proposicion el buen viejo, sorprendido y herido en lo íntimo de su corazon, lloró amargamente, despues abrazándola tiernamente le dijo: *y que, mi querida hija, ¿contais por nada un padre como yo, que os ha amado siempre con tanta ternura? ¡Ah! dejadme morir antes de abandonarme, despues hareis todo cuanto sea de vuestro gusto.* La fuerza de su dolor no le permitió decir mas, y se quedó sumergido en una tristeza, que hubiera movido á compasion á una persona que hubiera sido menos sensible, que la señora de Chantal. No esperaba esta tan duro asalto. Quedó enternecida, pero permaneció firme en su resolucion. Sin embargo, para no dejar á su padre sin consuelo, le dijo, que lo que acababa de proponerle no era mas que un simple deseo que habia creído deberle confiar, como que era su buen padre, que nada habia hecho todavia, y que jamas dispondria de sí misma sin su consentimiento. El presidente le cogió la palabra, y para asegurarse mas de lo que le decia, le hizo prometer, que no resolveria cosa alguna, sin que él hubiese hablado antes

al santo Obispo de Ginebra, y le prometió por su parte atenerse á lo que éste decidiese.

La señora de Chantal creyó haberlo ganado todo con esta promesa de su padre: porque no dudaba de que el santo Prelado, con quien estaba de acuerdo, concluyese en su favor, y alcanzase al fin el consentimiento de su padre, que desesperaba de poder obtener por sí.

Pero tuvo que combatir consigo misma, cuando se quedó sola; aquella firmeza, que habia manifestado, la abandonó; le pareció que habia algo de inhumanidad, y por consiguiente de ilusion, en el designio que habia formado de dejar á su padre, y á sus hijos; la naturaleza se insinuó con viveza en su corazon; la razon apoyó los sentimientos de la naturaleza; la fé lo aprobó asimismo; el espíritu enemigo de nuestra salvacion, que sabe aprovecharse tan bien de nuestras debilidades, se mezcló igualmente en esto, formándose de todo una furiosa tempestad, que mudó su designio en irresolucion; la misma irresolucion cedió tambien á una resolucion contraria, y admirado de que hubiese podido resolverse á romper unos lazos que el mismo Dios habia formado, tan pronto condenaba su designio; pues se condenaba á sí misma, por haberlo condenado.

Hallábase en este estado, cuando su hermano el Arzobispo de Bourges, sabedor por el presidente del intento de su hermana, llegó á Dijon. Unieronse padre é hijo, y ambos hicieron un gran esfuerzo sobre aquel espíritu que estaba ya vacilante.

El Arzobispo, que tenia sobre su familia toda la autoridad, que era capaz de darle su caracter, acompañado de un gran mérito, reprobó altamente la resolucion de su hermana. Sostuvo, que habia mas virtud en vivir en la perfeccion del estado en que Dios nos habia puesto, que en seguir, so pretesto de celo, un puro capricho, y una inquietud llena de ilusion que nos conducia á salir de él. La agovió de razones y autoridad

des, y en fin se redujo á pretender, que aun cuando hubiese de ejecutar su designio, no podria menos de esperar á que sus hijos estuviesen colocados, y á que hubiese prestado á su padre los últimos servicios, que no podia en una edad tan avanzada dispensarse de sus cuidados.

Así es como las empresas mas santas son muchas veces vituperadas y contrariadas por las personas mas ilustradas y de mejor intencion; y á la verdad, no tomando las cosas sino en general, y no juzgando sino por las apariencias, la resolucion de la señora de Chantal no era para que todo el mundo la aprobase. Es necesario ver lo que ven los santos, y sentir lo que ellos sienten para juzgar bien de su conducta, y tal vez se censuraria aun en el dia el designio de la señora de Chantal, si la eminente santidad á que ha llegado, ejecutándolo, no lo hubiese justificado plenamente.

Sin embargo, por indecisa que estuviese la santa viuda, y por deferencia que tuviese á la autoridad del presidente, y á las luces del Arzobispo, no quiso abandonar su intento, y se remitió todo al fin á la decision del santo Obispo de Ginebra. Llegó este algun tiempo despues con el Baron de Torens, su hermano, que iba á concluir su matrimonio con la señorita de Chantal.

Al dia siguiente al de las bodas, la señora de Chantal, á quien habian afirmado en su resolucion algunas conferencias que habia tenido con el santo Prelado, suplicó á su padre y al Arzobispo de Bourges, que conferenciasen con él. Cerrarónse los tres para hacerlo. Una hora despues hicieron llamar á la señora de Chantal. Jamas desplegó mas prudencia y firmeza que en esta ocasion. Dió cuenta de su designio y de su conducta; hizo ver claramente el arreglo que habia puesto en la casa de sus hijos, y que la dejaba sin deudas ni pleitos; hizo presente, que era justo que habiendo vivido tanto tiempo para ellos, le fuese permitido vivir al fin para Dios, y

para sí misma, y que habia tanto menos motivo para negarla lo que pedia, quanto que el estado que queria abrazar, no le impediria velar sobre su conducta, y aun sobre sus negocios, cuando fuese necesario.

El santo Prelado añadió, que esto le seria muy facil, en razon á que no pretendia que se guardase clausura en su nueva fundacion; que las que entrasen, tendrian libertad de salir para visitar los enfermos, y asistir al prójimo en todas las ocasiones en que su caridad pudiese servirles de algun socorro; que la señora de Chantal no quedaria libre del cuidado de sus hijos por el empeño que contrajese; que este era un deber indispensable del que responderia á Dios y del cual no hay quien pueda dispensarse: que podria tambien educar á sus dos hijas pequeñas á su lado, y que siempre consentiria, en que hiciese todos los viajes necesarios para los negocios y establecimiento de sus hijos.

Estas esperanzas conmovieron al presidente y al Arzobispo, y el santo Prelado acabó de resolverlos á que diesen su consentimiento, haciéndoles presente que el designio de la señora de Chantal no habia sido formado temerariamente y con precipitacion; que él mismo le habia examinado con toda la detencion que se merecia; pero que quanto mas detenidamente lo habia considerado, tantas mas señales habia hallado en él, de la vocacion divina, y que era temible oponerse á su voluntad, retrayéndola de ejecutarlo: que les rogaba que reflexionasen por sí mismos, que es en vano oponerse á sus designios, y que se debian tener por dichosos en contribuir á su ejecucion. En fin, el santo supo presentar este negocio bajo tan diversos aspectos, que obtuvo el consentimiento del presidente y del Arzobispo.

Quitada esta dificultad, faltaba aun otra, que era saber en donde se estableceria la primera casa de la Orden, en donde debia residir la señora de Chantal. El presidente quiso que fuese á Dijon, á fin de tenerla mas